La epopeya de la clausura
Un doctor Fausto en pequeño

Christopher Domínguez Michael

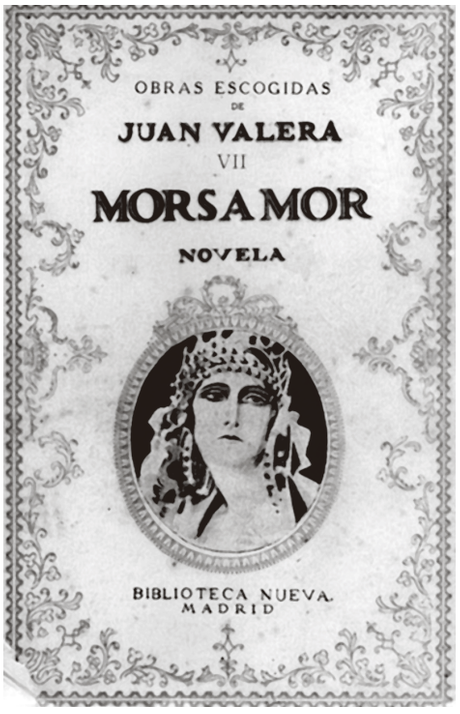
A don Juan Valera (1824-1905) le tocó nacer en un país arruinado —la España que se negaba a aceptar la pérdida de su vasto imperio— y hubo de transcurrir su existencia en una de las épocas más aburridas y menos gloriosas de la historia española. Cuando ese aristócrata obligado a vender sus novelas que fue Varela se dio a conocer, casi todo era decadencia en una escena literaria peninsular doblemente estropeada por un neoclasicismo que tardaba en morirse y por un romanticismo que nunca nació del todo. De joven publicó Valera poesías justamente olvidadas —junto a los esfuerzos apenas más meritorios de Campoamor, Espronceda y Zorrilla— y no fue sino hasta la vejez cuando este escritor cordobés publicó las novelas que le garantizaron su casi modesto lugar en la narrativa española del siglo XIX. Sus estudios de mujer —*Pepita Jiménez* (1874), *Doña Luz* (1878) y *Juanita la larga* (1895)— lo convirtieron, a la vez, en maestro y en alumno del par de escritores contemporáneos a quienes tocaría fundar la novela moderna en España: Galdós y Clarín. A mí me gusta más el último de sus libros, *Morsamor* (1899), la deshilvanada historia de un viejo fraile que toma una pócima que le permite gozar de una segunda juventud, utilizada en salvar a León Hebreo de una turba antijudía y en viajar hasta la India en las avanzadas náuticas portuguesas.

Cuando se habla de Valera se cita enseguida esa *aurea mediocritas* que lo rodeaba y que él, haciendo de la necesidad virtud, convirtió en la materia misma de un arte de narrar deliciosamente menor, la divisa de un escudo de armas que predicaba la prudencia, el buen decir y la tolerancia como las virtudes sobrevivientes de las que deberían gloriarse los españoles. Manuel Azaña, otro escritor invariablemente calificado como menor y que si no hubiese sido presidente y mártir de la República en 1939 hace tiempo que habría ido a formar injustamente filas entre los olvidados, dedicó sus *Ensayos sobre Valera* a desentrañar por qué don Juan era importante más allá de aquellas tramas en que una inteligente viuda joven seduce a un seminarista. Dice Azaña y lo dice muy bien, que Valera —un volteriano a la española, es decir, un católico muy liberal— comprendió que la grandeza y la miseria de la Contrarreforma, de Ignacio de Loyola y del catolicismo que crearon estaba "en la terrible facultad de elección entre el bien y el mal, que ha de quedar siempre a salvo so pena que un universo moral se derrumbe".

Tengo debilidad por Valera y cada vez que consulto sus *Obras completas*, descubro lo que Valéry encontraba en Stendhal: no un alimento, sino el hueso con que me afilo los dientes. Fue stendhaliano Valera, por cierto y si como novelista no se compara a su maestro, vaya que lo supera en la amplitud de su visión crítica, en la curiosidad dedicada a tantas literaturas europeas y americanas, en su cosmopolitismo. A su lado y en ese renglón, Stendhal sólo es Arrigo Beyle, milanés. ¿Qué tanto se le pegó a Valera del ancho mundo que recorrió? Diplomático, don Juan descubrió la Lisboa romántica, como ministro plenipotenciario en Washington fue el primer español genuinamente asombrado ante la modernidad democrática de los Estados Unidos y sus *Cartas desde Rusia*, donde sirvió en 1857 al duque de Osuna, están entre lo más agudo y simpático de un género epistolar que el escritor cordobés cultivó con elegancia, atrevimiento y picardía. También anduvo don Juan por Río de Janeiro, fechando el nacimiento de la literatura brasileña y hasta leyó al mexicano Roa Bárcena (y lo elogió, lo que no es mucho decir) pero su principal campaña como literato iberoamericano fue el iberismo, la aspiración a que España y Portugal volviesen a ser una sola nación, unidas como estaban por la religión y la cultura. Es curioso que el desaliento final de Valera ante esa soñada utopía se debiera a su constatación de que Camões era un escritor demasiado grande —un verdadero fundador nacional— como para que los lusitanos aceptasen compartirlo de buena fe con sus vecinos. Y a diferencia de algunos españoles que podían ser sus nietos, Valera festejó la revolución modernista de Rubén Darío, no sin antes burlarse de la predilección pedante del nicaragüense por el azul, pues tan poéticos le parecían a don Juan, el rojo, el amarillo o cualquier otro color.

Traductor excepcional del latín, lo mismo que de Goethe, Byron y Heine, fue Valera uno de esos escasos críticos literarios que despliegan su inteligencia ante el presente con la misma penetración que frente al pasado, aptitud de la que se desprende

Juan Valera



la lucidez en la analogía, el acierto combinatorio. Tan bien entendió don Juan al entonces todavía diluido Siglo de Oro como la experiencia romántica de la que España se había malhadadamente librado, lo que le permitió comparar —sirva de ejemplo— las páginas que sobre el Libro de Job escribiesen Quevedo y el humanitarista romántico Edgar Quinet, salto de tres siglos que don Juan, habitante como era de varias lenguas y de tantas literaturas, dio sin el menor riesgo de perder el equilibrio. Valera, que compuso un *Nuevo arte de escribir novelas* contra doña Emilia Pardo Bazán y su naturalismo, escribió artículos notables sobre Leopardi y sobre Victor Hugo. Erró, frente a doña Emilia, al menospreciar a los novelistas rusos, cuyos excesos acaso le recordaban a la España negra.

Le tocó ser a Valera —y no es ésta una prenda menor— un liberal convicto y consuetudinario, en la modalidad característica —mezcla de temperancia vecinal y transacción sin escrúpulos— de la España de la Restauración. Pero Valera se elevó sobre la pobretería del liberalismo español y dejó, en política como en literatura, páginas agudas y clarividentes. Combatió el neocatolicismo (como entonces se llamaba al tradicionalismo, esa novedad) de su amigo Menéndez y Pelayo y en el más expresivo de sus ensayos, argumentó brillantemente contra las teorías antidemocráticas y contrarrevolucionarias de Juan Donoso Cortés, el teólogo cuya obra, dos generaciones después, sería libro de cabecera de Carl Schmitt, teórico del derecho nazi. Al reseñar el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo considerados en sus principios fundamentales* (1851), de Donoso Cortés, don Juan advirtió, con más de medio siglo de anticipación, la batalla antiliberal que darían los fanáticos del socialismo contra los fanáticos del tradicionalismo. Encontró en Donoso Cortés una imagen invertida del anarquista Proudhon y a ambos los consideró hijos de la revolución de 1848. Y algo supo Valera (no mucho) de Schopenhauer y Nietzsche: pero entendió lo suficiente para prevenir al público del uso incendiario que panfletarios poco escrupulosos harían de la nueva filosofía alemana.

Adelantándose a Américo Castro —que lo leyó con cuidado— Valera pensaba, contra los católicos nuevos y viejos, que la España anterior al siglo XVI había sido uno de los pueblos menos católicos de Europa y que la invención tradicionalista de una ibérica Edad Media apostólica y romana sólo malograría el tránsito de los españoles hacia el mundo moderno. Todas estas cosas las fue diciendo Valera como ensayista, a través de la conversación literaria, sin verse jamás perturbado por las admoniciones del profeta ni por los reglazos del profesor sobre la mesa. Mucha y variada inteligencia hay en la obra de Valera, que a ratos da la impresión de ser inagotable, pero nunca lo suficiente para evitar los mecánicos bostezos de la mayoría de las personas leídas a las que les menciono su nombre, como si a don Juan le persiguiese la maldición de la obsolescencia, como si fuese anticuado desde que nació, una pieza condenada a guardarse en el arcón de las señoras, en el gabinete de los antiguos. Acaso sea cierto que Valera siempre fue viejo a la manera nestoriana, es decir, un escritor que, como la ópera, nació hecho, colmado de una perfección inaceptable en el teatro de los modernos.

Quienes se han topado con Valera saben que murió en Madrid a la sombra del tercer centenario de la publicación de *El Quijote*, mientras dictaba, el 18 de abril de 1905, la disertación académica que sobre la materia se le había pedido. Estaba ya ciego y era el más viejo de la tribu. El centenario de la muerte de Valera fue una nota al pie entre los fastos cervantinos. Él habría ocupado con beneplácito el lugar a la sombra, la posición menor, la condición vicaria. De sus novelas, acaso la más perdurable sea *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), donde Juan Valera se autorretrata en contrapunto con los colosales faustismos que harían estremecerse a los siglos XIX y XX. Se pinta Valera en ese libro como "un doctor Fausto en pequeño, sin magia ya, sin diablo y sin poderes naturales que le den auxilio". U